

EL DUELO



SEÑALADO el campo, nombrados los jueces, Arias Gonzalo y sus cuatro hijos se arman para la lucha. El viejo quiere combatir el primero. Sabe que Ordóñez de Lara es hombre diestro y feroz y prefiere morir él que ver morir a sus hijos. Además, piensa que él tiene más experiencia en esta clase de combates y que él puede debilitar a don Diego y herirlo antes que entre en lucha con sus hijos.

Pero la infanta doña Urraca se le cuelga del pecho llorando y deshechos los cabellos:

—Yo te suplico, padre mío, mi segundo padre, que no salgas al campo. Estás viejo y fatigado y si te matan me dejas sola en el mundo en el momento más difícil de mi vida.

—Dejadme ir, señora; me han desafiado y me han llamado traidor.

—Tus hijos lavarán la afrenta. Venid aquí, Gonzalo, Diego, Pedro, Rodrigo; impedid que vuestro padre salga a luchar antes que vosotros; sería para vosotros más que un insulto.

V. HUIDOBRO

—Me han llamado traidor, señora.

—Nosotros te vengaremos, padre, y si todos muriésemos, entonces puedes salir tú.

Los demás caballeros se juntan a la infanta; todos le suplican que renuncie a salir el primero. Arias Gonzalo se siente doblemente afligido, pero no puede menos que ceder a los ruegos.

Llama al primero de sus hijos:

—Gonzalo Arias, id al campo y vengad a Zamora.

La infanta doña Urraca se abraza llorando al viejo:

—Tiemblo por ellos; ese Diego Ordóñez de Lara es una fiera.

—Yo los envidio—contesta el buen Arias Gonzalo.

Gonzalo Arias, hijo de Arias Gonzalo, muere en manos de Lara.

El viejo llama al segundo de sus hijos:

—Diego Arias, id al campo y vengad a Zamora y a vuestro hermano.

Cuando el segundo agoniza sobre la hierba, el viejo llama al tercero:

—Pedro Arias, id al campo y vengad a Zamora y a vuestros hermanos.

—Qué tigre es ese Lara—gime la infanta.

Se oyen llantos en torno al viejo, muchos lloran y se duelen al ver esos héroes tan jóvenes hechos pedazos por la lanza implacable del castellano.

—¿Por qué lloráis?—dice el viejo Arias Gonzalo—; ¿por qué tales sollozos? ¿Acaso mis hijos han muerto en las tabernas o jugando entre tahures? Han muerto como caballeros, combatiendo con sus armas, por defender a Zamora, por defender vuestro honor.

Detrás de la cabeza del buen viejo el Romancero teje una corona de versos.

Pedro Arias, el tercero, llega a la estacada y se lanza sobre Diego Ordóñez, hiriéndolo en el hombro y en el brazo. El de Lara le pega en la cabeza y en el casco. Pero el hijo de Arias Gonzalo, sangrando mortalmente, le hiere el caballo en el pecho y el caballo huye arrastrando a su caballero y sale del campo.

Maldice a su caballo Diego Ordóñez de Lara. Gritan los castellanos: "¡Que vuelva al campo! Está intacto." "No puede volver a entrar—responden los de Zamora—. Ya está vencido." "El caballo lo sacó", gritan unos; y los otros: "No importa; no puede seguir la lucha."

El Cid es el fiel de campo y discute con los jueces. Arias Gonzalo se acerca:

—No hay caso; mi hijo ha vencido.

Dice un juez:

—¿Cómo puede vencer un muerto?

—Sacando al vivo fuera de la raya. Y así fué.

Don Diego Ordóñez quiere continuar la lucha.

El Cid, aunque mucho amaba a los hijos de su tío Arias Gonzalo, habría preferido el triunfo de Castilla, pero su honradez y su hidalguía le obligan a apoyar la decisión de la mayoría de los árbitros, que no permiten continuar la lucha.

Así termina el triste sitio de Zamora. Zamora es inexpugnable como doña Urraca.